

La designación de José Alfredo Martínez de Hoz para presidir Acindar fue un impacto que muy pocos esperaban. La empresa estaba pasando por una complicada situación financiera y los Acevedo, consideraron que era imprescindible un hombre con "plafond" en el área económica del gobierno para negociar en mejores condiciones. Había además de por medio un importante convenio entre Acindar y el coloso más importante del mundo del acero en esos momentos: la US Steel, al cual estaba atado un préstamo del Banco Mundial. Los observadores afirmaron en esos momentos que en realidad la US Steel terminaría controlando la empresa en poco tiempo más y que además, a partir de esos momentos, Acindar comenzaría a abastecerse del mineral de hierro que producía una subsidiaria de la US Steel en Orinoco, Brasil. Acindar estaba a un paso de convertirse en una acería integrada. Contaba para ello con la tecnología de punta de su nuevo socio, créditos internacionales, y un gobierno dispuesto a variar su monopolio en el sector.

¿ARAMBURU POR ONGANÍA?

A esta altura del proceso que pomposamente se llamó Revolución Argentina, los problemas habían crecido de tal modo que a la mayoría de los argentinos no los sorprendía un golpe que depusiese al otrora poderosísimo Juan Carlos Onganía.

Estaban, por ejemplo, quienes daban por descontado que Onganía sería sustituido por Pedro Eugenio Aramburu, y quienes así argumentaban sostenían que Aramburu tenía consenso en los mandos militares en general y principalmente en el Ejército. Otro sector que se inclinaba por el relevo de Onganía, consideraba que éste debería ser reemplazado por algún oficial en actividad. ¿Lanusse? El desarrollismo que todavía tenía alguna presencia política y militar -el general Guglielmelli- se inclinaba por mantener a Onganía en el cargo pero pretendían la inmediata renuncia de Krieger Vasena y su equipo. Ellos, por supuesto, se ocuparían de manejar la economía.

Un llamado Movimiento de Revolución Nacional, con visibles contactos en el gobierno, lanza una proclama: "el golpe de Estado no sería imprescindible ... hay que controlar cinco frentes: militar, político, gremial, estudiantil y empresario ..." Un vocero del grupo se reúne con periodistas de varios medios y afirma contar con el apoyo de un importante grupo de coroneles y algún general, y también afirma que sectores del peronismo y radicalismo y de la CGT de los argentinos estaban de acuerdo con el grupo, los periodistas adjudican la paternidad de la proclama al nacionalista Sánchez Sorondo y al general Caro. Piensan que Onganía ha fracasado y el planteo queda limitado entre Julio Alsogaray o Carlos Caro. Una revista vinculada a Sánchez Sorondo, "Segunda República", apoya calurosamente la proclama del MRN. Apenas una fantasía.

Más importante que la proclama del MRN, eran los disturbios que se producían a lo largo del país entre militantes políticos -principalmente peronistas y radicales- y las fuerzas del orden. Normalmente los intentos de actos o comidas políticas, terminaban con un gobierno que los disolvía a fuerza de garrotes, alguno que otro contuso, y a veces algún detenido, como el caso, por ejemplo, de Raúl Alfonsín quien debió permanecer detenido 6 horas y pagar una multa de 200 pesos.

El retorno de Perón vuelve a cobrar vigencia. En sus embestidas contra el gobierno, el peronismo utilizará en forma inalterable, el reclamo por el regreso definitivo de Perón. Este giro en el peronismo de levantar nuevamente el regreso de su líder, provocó algunos cortocircuitos en sus conexiones con el radicalismo ya que muchos de sus dirigentes más influyentes se negaban a avalar las conversaciones de Facundo Suárez con grupos peronistas que condicionaban cualquier forma de pacto al regreso de Perón... Había empezado con problemas, claro está, el sinuoso camino para constituir la Hora del Pueblo, en la cual Perón y Balbín tendrían un rol central.

Desde la CGT de Azopardo se advertía en un comunicado de prensa que: "los intentos divisionistas, son parte de un operativo montado por los sectores liberales que tienen por móvil echar las bases de un nuevo contubernio para asegurarse la vuelta al poder a través de otra farsa

electoral".

La consigna parecía ser "todos contra el gobierno". La revista "Criterio" -que podría ubicarse en la derecha de la Iglesia Católica- coincidió con "Nuestra Palabra", órgano oficial del PC cuando ambas, cada una en su estilo, afirmaron que debía terminarse con un régimen antinacional y totalitario.

Los sectores más cercanos a Onganía al ser consultados por los periodistas sobre el estado de crisis y rumores de golpe, dieron una curiosa respuesta: "es fantástico suponer que las charlas de café puedan tumbar a un gobierno". Así dicho parecía comprensible, pero los voceros olvidaron reconocer -o simplemente desconocían- que el gobierno en sus crecientes contradicciones llevaba envuelto su propio fracaso. No comprendían incluso que la fatiga oficial desalentaba al país, lo cual llevaba a que más sectores se plegaran a la resistencia activa contra el gobierno. Nadie, ni el presidente por un lado, ni los conspiradores por otro, podían precisar cuándo "las charlas de café" dejarían de ser charlas y se convertirían en un visible y creciente peligro. Los conspiradores tenían a favor un detalle muy importante. El Ejército, vital sostén de Onganía, hacía ya tiempo que estaba deliberando y se preguntaba si la revolución que prometieron no había entrado ya en vía muerta. Algunos creían que podrían reflotarla, otros -los más escépticos- pensaban que no valía la pena.

Se cuestionaba todo, desde la interpretación del término "revolución" hasta las formas del nuevo gobierno. En general, se coincidía en que no hubo una revolución en ningún sentido. ¿O podía llamarse revolución -sostenía la CGT de Azopardo- a implantar, por la fuerza, un nuevo régimen laboral en el puerto o aumentar la edad jubilatoria?

La estructura social y económica del país seguía siendo la misma, sólo que más deteriorada. Es más, ni siquiera se había logrado una mayor eficiencia y equidad en la producción y distribución. El nivel de vida del pueblo había retrocedido, la tan promocionada participación en los hechos fue la imposición de normas verticales y en muchos casos, absurdas. No había posibilidad de avanzar, no ya en un sentido revolucionario sino simplemente reformista, si no se aseguraba la convivencia y el apoyo del pueblo. ¿Qué revolución nos proponían? ¿Cuándo la explicitaron para que el pueblo decidiese -o no- apoyarla? ¿O hay revoluciones sin la participación popular? Sólo conocíamos frases, algunas grandilocuentes. La mayoría ambiguas. El tiempo, si es que en realidad había existido un tiempo para intentarlo, estaba agotado. Las expectativas de cambio que había generado el 28 de junio de 1966, se transformaron en otro golpe de Estado más...

¿De qué serviría, a esta altura del proceso, la creación de órganos comunitarios, si la mayoría de los argentinos lo resistirá por la desconfianza que ya tenían sobre el gobierno?

No había ocurrido ninguna revolución, ni tampoco se la percibía, a no ser que se confundiese revolución con golpe de Estado. La democracia representativa, sin proscripciones, era ahora una "revolución a concretar".

Estábamos -y seguimos estando- en un mundo cada vez más interdependiente. Hay reglas de juego que, si bien no estamos obligados a cumplir, debemos tenerlas en cuenta para diagramar nuestra estrategia. La velocidad y amplitud de las comunicaciones están eliminando fronteras. Una crisis en el mundo desarrollado impacta en nuestra economía. Mucho más lo sería una guerra.

El sentido práctico y el realismo comenzaban a mostrarnos otra cara de la Argentina. No era invocando el cambio como éste se produciría sino que debíamos explicitar cómo y con qué medios se contaba para producir ese cambio.

LA VIOLENCIA EN EL MUNDO